

guerra á muerte, guerra que no puede cesar sin que desaparezca uno de los dos, y cuya victoria tiene asegurada la libertad, porque ella es la verdad, la razón, la dignidad, la vida, mientras que la autoridad es la ignorancia, la barbarie, el servilismo, la esclavitud, la miseria, la muerte.

Una habilísima metafísica ha pretendido aliar los dos conceptos autoridad y libertad, reglamentando los límites de una y otra y presentando la obra como el más grande descubrimiento para el bienestar humano; pero los hechos, más elocuentes que esas capciosas teorías, han demostrado la imposibilidad de este consorcio. Muy bien dijo Proudhon: «La autoridad y la libertad son los dos polos de la política: su oposición antitética, diametral, contradictoria, nos da la seguridad de que es imposible un tercer término, de que no existe: entre el sí y el no, del mismo modo que el ser y el no ser, no admite nada la lógica».

Todos los sistemas de gobierno se han ensayado, desde el personal, absoluto, hasta el democrático, con el *referendum* inclusive, esto es, la sanción ó veto popular á las leyes; y sin embargo, el malestar social continúa, el antagonismo de la libertad con la autoridad es cada vez más vivo, la guerra no cesa, á pesar de que el autoritarismo se bate ya en retirada.

La verdad es que si los pueblos se han dejado encantar por las sirenas autoritarias en cada transformación gubernamental—cambios operados para contener la rebelión popular—bien pronto se han desencantado ante la práctica, convenciéndose de que las diferencias de los sistemas políticos son más aparentes que reales. En efecto, lo mismo en Suiza que en Alemania, en Francia que en Inglaterra, sufren los pueblos la presión de los poderes políticos, religiosos, económicos y militares; siempre unas clases privilegiadas monopolizándolo todo, siempre sujetas al potro de la miseria y esclavitud las masas obreras. Tendrán más derechos políticos unas naciones que otras, derechos conquista-

dos por la revolución, y tolerados mientras no ataquen las prerrogativas de los poderosos, pero esos derechos no alteran fundamentalmente la mísera condición del pueblo; y cuando éste reclama con energía, la fuerza brutal de los cañones se encarga de imponer silencio, ya acontezca el hecho en la gran república modelo norte-americana ó en Rusia.

Es axiomático que «todo poder político, como dice Bakounin, cualquiera que sea la denominación y la forma exterior, está animado de un odio natural, instintivo, contra la libertad. Su práctica cotidiana le conduce forzosamente á la necesidad de restringir, disminuir, abatir, lenta ó violentamente, según las circunstancias y los tiempos, la espontaneidad de las masas gobernadas, y esta negación de la libertad se extiende siempre y por todas partes tan lejos como las condiciones políticas y sociales del medio y el espíritu de las poblaciones lo permiten».

Los propagandistas del Estado que se califican á sí propios de liberales—aparentando ignorar esta verdad constante—sostienen aún que en las naciones democráticas la tiranía no existe, porque el pueblo se rige por las leyes que él mismo se da por medio del sufragio universal. Esto es pura ficción, verdadera farsa. En todas las repúblicas sólo una mínima parte de la sociedad sufraga; la mayor parte de ciudadanos y ciudadanas no autorizan á nadie, directa ni indirectamente, para gobernarles, hacer leyes y sancionarlas. Y de la minoría que hace el juego de los opresores, se ha de descontar las cábalas, la influencia, los resortes que toca el oficialismo para imponer su voluntad, corrompiendo todo propósito honrado de los pocos que aun confían en la sinceridad del Estado. Combí-nense como se quiera las estadísticas, siempre se llegará á la conclusión de que sólo una interesada minoría y unos pocos inocentes que sirven de comparsas, son los que autorizan á un grupito de vividores para que impongan la ley ó su autoridad al país.

Descubierta esta farsa por los hom-